

Blanche Sweet.

Neil Hamilton

Diplomacia



25  
CTS

NEILAN, Marshall

## LA NOVELA PARAMOUNT

Publicación semanal de Argumentos de películas  
de la marca

Núm.  
17

PARAMOUNT

25  
Cts.

EDICIONES BISTAGNE

PASAJE DE LA PAZ, 10 bis-BARCELONA



## DIPLOMACIA

(DIPLOMACY, 1926)

Novela de intrigas diplomáticas, interpretada  
por BLANCHE SWEET, NEIL HAMILTON

y otros notables artistas



Es un film PARAMOUNT

EXCLUSIVA DE

Paramount Films, S. A.



J. HORTA, impresor-Barcelona

# Diplomacia

## Argumento de la película

Deauville, la playa de moda francesa, es uno de los jardines de Europa...

Entre el elegante gentío que venido de todas partes del mundo sentaba sus reales en Deauville, estaban la marquesa de Zares y su bella hija Dora, encantadora joven que atraía las miradas y seducciones de todos.

Mientras Dora tenía que rechazar las molestas asiduidades de muchos impecables veraneantes que se acercaban a ella atraídos por sus encantos, su madre, la señora marquesa, parecía vivir de suerte o de milagro.

Jugaba todas las noches en el Casino arruinando sus últimos caudales sin que la suerte se mostrara propicia con ella.

—Mamá, ¿por qué juegas? Me tienes prometido que no volverás a acercarte a la ruleta — le decía

Dora—. Volverás a perder y sabes perfectamente que no podemos sostener este gasto...

—Todavía tengo dinero, hija mía... Y además no me faltan amistades que me favorezcan y ayuden...

—Ve con cuidado con ellas, mamá.

Entretanto, bajo la apariencia de estar disfrutando del veraneo, los representantes de las grandes potencias se habían reunido para celebrar una conferencia secreta.

Una mañana se encontraban en la terraza de un café Sir Henry Weymouth, agregado a la Embajada británica, su hermano Julián y otros diplomáticos entre los que se hallaba el representante de China.

El gobierno chino tenía que entregar al de Inglaterra el texto de un tratado a realizar entre ambos países.

Este convenio entre las dos naciones había determinado la presencia en Deauville del barón de Ballin, agente del gobierno revolucionario de la Rusia bolchevique, y que tenía por misión apoderarse del citado pacto.

Ballin, desde otra mesa del café, dijo a varios de sus agentes:

—Veo que están todos aquí. Esto es más importante de lo que nosotros nos habíamos imaginado. Es preciso apoderarse del convenio, sea como sea...

Y para llevar a efecto su plan, aquella tarde el barón de Ballín escribió una carta a un secretario de la legación china, invitándole a visitar su yate para hablar de varias importantes cuestiones.

El diplomático chino cayó en la celada y ya en la cámara del yate, el barón le exigió la entrega del tratado.

El oriental negó rotundamente la existencia del documento.

—Es la primera vez que oigo hablar de él — dijo.

—¡Usted miente! ¡Exijo que me diga usted dónde lo guarda!

El chino, enfurecido, negaba.

—Ponga usted precio — dijo el ruso.

—Le aseguro que no sé de qué me habla.

—Bien, tal vez la prensa la refrescará la memoria...

Y con ayuda de dos de sus cómplices, puso las manos del chino en una prensa de copiar, comenzando a tornillar sobre ellas la plancha de acero, hasta aplastárselas. A pesar del dolor, el diplomático siguió negando.

Llamaron a la puerta; el barón ordenó que fuese suspendido el tormento y salió de la estancia.

Quien llamaba era la condesa Zirká, una de esas mujeres elegantes y misteriosas que nunca faltan en los sitios que frecuentan los diplomáticos.

La condesa era cómplice del barón.

—¿Quién grita ahí? — preguntó la mujer.

—¡Nadie! Se trata de un pato chino solamente. Y dígame, ¿tomará usted el té con la marquesa de Zares, mañana?

—Sí, y ha escrito pidiendo otro préstamo...

—¡Admirable! Y supongo que Julián Weymouth, estará allí como de costumbre...

Julián, hermano del diplomático Sir Henry, era novio de Dora, la encantadora hija de la marquesa. Las dificultades económicas de ésta, eran solventadas por el barón de Ballin. Le convenía tener presa en sus redes a aquella dama de calidad...

Teniéndola en su poder no le sería difícil intimar con los Weymouth y apoderarse, por otro conducto, del tratado.

Pero Zirká que había visitado algunas veces a la marquesa de Zares, se había enamorado de Julián Weymouth, el novio de Dora.

—Julián está cada día más enamorado de Dora,

—verdad? — continuó diciendo el barón—. Esto es lo que conviene... ¡Un diplomático con secretos de estado y enamorado, es cosa fácil! De modo que siga usted vigilando la casa de la marquesa... que es preciso que el tratado, de un modo u otro, pase a poder de nuestro gobierno.

—No lo dejaré de la mano — dijo Zirká.

Y después de tender la suya al barón, abandonó el yate.

Luego Ballin volvió al cuarto donde estaba el chino y viendo la inutilidad de sus esfuerzos, ordenó le tiraran al mar... El ya se apoderaría del tratado por mediación de Zirká...

\*  
\*\*

Aquella tarde, Dora de Zares recibía la visita del conde de Orloff, un desterrado de la Rusia del Zar.

Orloff le entregó una cesta de flores, y Dora, dijo sonriendo gentilmente a su amigo:

—¡Orloff! Se ha afeitado usted la barba. No le conocía.

Orloff, hombre ya entrado en años que sentía por la marquesita una devoción casi paternal, dijo:

—¡Eres la única persona en el mundo que me interesa, y quería decirte adiós. Y te he traído una fotografía del nuevo Orloff para que sustituya al viejo...

Y le entregó un retrato que Dora puso en el álbum en vez del que tenía anteriormente y en que aparecía Orloff con cerrada barba negra.

La vieja fotografía se la guardó el conde.

Hadía llegado al hotel la condesa Zirká y junto a

la puerta escuchaba la conversación de los dos amigos. Le interesaba la presencia de aquel monárquico ruso que conspiraba contra su gobierno...

Orloff decía a Dora:

—Es un asunto muy serio, Dora. Tal vez no regrese nunca.

—¿Dónde va usted?

—A Rusia.

—Yo creía que estaba usted desterrado.

—A pesar de mi destierro, debo ir. Se trata de un asunto internacional demasiado complicado para preocupar con él una linda cabecita como la tuya. Parto esta misma noche hacia Moscou en aeroplano...

Orloff después de besar la mano de Dora se alejó de la casa y a continuación la condesa entraba en el salón a saludar a su amiga.

Habían simpatizado mucho, en apariencia, las dos mujeres; así es que Zirká entraba en la casa con naturalidad...

Se escucharon voces en la estancia contigua, y Dora salió del salón, lo que aprovechó la condesa para apoderarse del retrato de Orloff que vió en el álbum.

Luego volvió Dora acompañada de Sir Henry Weymouth y de su hermano Julián, el novio de Dora, que se iniciaba en la carrera diplomática.

Saludaron a la condesa Zirká, mujer cuya vida llena de misterio y fastuosidad, producía muchos comentarios.

Henry era la primera vez que visitaba a Dora de Zares y había accedido a hacerlo instigado por su hermano que quería que conociese a su futura.

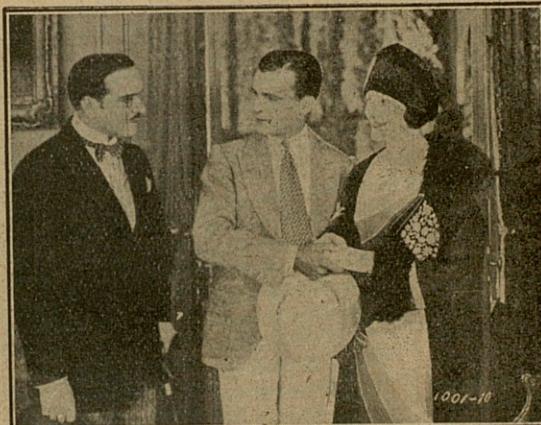
—Mi hermano me había hablado de usted con fervor y sus elogios fueron bien merecidos — dijo Henry, inclinándose ante Dora.

Apareció la marquesa de Zares. Dora le presentó el diplomático y la reunión se generalizó adquiriendo

la nota de distinción y buen tono de la alta sociedad.

Luego Julián y Dora se levantaron para preparar un cocktail y la condesa Zirká envolvió al joven en una mirada de amor y celos...

En el corredor, junto a la puerta de la habita-



Saludaron a la condesa Zirká...

ción, parecía espiar atentamente un hombre de aspecto extranjero...

Siguió largo rato la reunión entre risas y alegres comentarios...

Henry murmuró junto a su hermano en una ocasión en que quedaron juntos:

—La chiquilla es encantadora, pero la madre...

—Opino como tú...

Mientras Dora retiraba la mesita de los licores, la

condesa Zirka entregó un sobre a la marquesa de Zares, yendo luego a reunirse con los hermanos Weymouth.

La marquesa rasgó el sobre, y encontró en su interior un cheque, y una carta que devoró con nerviosidad:



...se levantaron para preparar un cocktail...

*Distinguida marquesa:*

*Tengo el honor de mandarle el préstamo que usted solicitó. Disponga en lo que guste... Con todo mi respeto.*

*Barón de Ballín.*

A la señora marquesa se le escapó de las manos la

carta, que Julián se aprestó a recoger del suelo, pudiendo leerla en rapidísima ojeada.

Se la entregó mientras una mueca de disgusto aparecía en sus labios.

Sabía él que el barón era hombre de cuidado y lamentaba que su futura madre política se dejase proteger por gente de dudosa moral. ¿No podría evitarlo él?

Al atardecer acabó la reunión despidiéndose todos de la marquesa de Zares y de su hija.

Y al marchar, Zirka estrechó con una emoción nerviosa la mano de Julián...

¡Cómo le gustaba ese hombre! ¡Y pensar que estaba destinado a ser de Dora, la triunfadora marquesita que sería su mujer, mientras Zirka tendría que vivir con su poco airoso papel de espía enemiga!...

Al día siguiente, en el Casino, Dora y Julián conversaban en la terraza. Vieron pasar a la marquesa de Zares acompañada del barón y otros personajes misteriosos...

Julián dijo con melancolía:

—No sabes la pena que me dais tú y tu madre andando siempre de un lado a otro...

Dora calló. También a ella le enfurecía la idea de que su madre tuviese que recurrir a determinados préstamos para mantener su vida de lujo.

—Dora — siguió diciendo Julián—, ¿qué dirías si me ofreciese para ayudaros? Sabes bien cuanto te amo...

—No, Julián — respondió ella severamente—. No quiero ayudas de ningún género. ¿Qué te has creído tú que es mamá? Ella tiene sus dificultades económicas... pero jamás realiza nada que pueda sonrojarnos.

—No he querido ofenderte... Sé bien cuán impecable es el honor de tu madre, que es además el

tuyo y el mío... Pero me indigna que le hagan préstamos que después querrán cobrarse con usura...

Dora se echó a llorar, e incapaz de protestar contra su madre, se acurrucó sobre el pecho de Julián y lloró dulcemente...

La noche anterior, la condesa Zirká había dado cuenta al barón de Ballín del viaje de Orloff, y el agente se apresuró a telegrafiar a su gobierno:

*Por aeroplano mando fotografía identifica Miguel Orloff monárquico. Llegará línea aérea Moscou mañana. Arrestadle y registradle.*

Ballín.

Ahora le faltaba únicamente al barón apoderarse del tratado que el diplomático chino iba a entregar a los representantes del gobierno de Inglaterra.

Al día siguiente, la casa del diplomático chino, fué invadida por un grupo de individuos afiliados a Ballín quienes registraron todas las habitaciones, en busca del tratado.

Buscaron en mesas, cajas y armarios, pero ante la inutilidad de sus esfuerzos, optaron por marcharse.

El misterioso extranjero que ya había espiado en el corredor del hotel donde vivían las Zares, había también presenciado y vigilado a los individuos que registraron la casa...

Luego subiendo a otro automóvil les fué siguiendo la pista...

Cuando poco después llegaba el diplomático chino acompañado de los hermanos Weymouth, vieron la casa en desorden.

—Nuestros enemigos no desmayan. Han matado a uno de mis secretarios y ahora quieren robar el tratado — dijo el chino.

—¡Ah, si los rusos se apoderan de él, la paz del

mundo estará en peligro!... — agregó Sir Henry.

—El tratado está seguro — dijo el chino—, pero yo no me atrevo a entregárselo a usted aquí en Deauville. Está minado por nuestros enemigos. No podemos arriesgarnos más aquí. El tratado le será entregado en París...

—¡Perfectamente! ¡A sus órdenes! — dijo Sir Henry...

El diplomático de la China se despidió de los ingleses hasta algunos días más tarde, en la capital de Francia, donde tal vez se sintiera más libre de la influencia del espionaje.

\*\*

Dos semanas después se celebraba en París la boda de Dora y Julián. Al casamiento habían asistido entre otros la marquesa de Zares, Henry y la condesa Zirká cuya amistad era cada vez más estrecha con aquella familia...

Aquella tarde iban a marchar a Londres los dos novios. Tenían en los ojos la mirada radiante de la felicidad...

Cuando llegaron los novios a su casa, los familiares y Zirká, para preparar el equipaje, se encontraron con la desagradable sorpresa de que todo parecía registrado:

—¡Ah, los misteriosos enemigos! — dijo Henry—. Indudablemente buscan el tratado. Pero ¿cómo no ha venido aún el diplomático chino a entregármelo?

Mientras esto decía, el mentado representante de China subía la escalera de la casa.

Al ir a llamar a la puerta, varios individuos le

amordazaron y cayeron sobre él con ánimo de apoderarse del importante documento, mas alguien corrió en auxilio del diplomático.

Era el mismo joven extranjero que ya otras veces hemos visto vigilar los manejos de los enemigos...

El joven, revólver en mano obligó a marchar a los



*Tenían en los ojos la mirada radiante de la felicidad.*

agresores y luego llamó al cuarto de los Weymouth, y desapareció.

Henry abrió la puerta encontrándose con la desagradable sorpresa de ver tendido en el suelo y casi desvanecido a su amigo el diplomático chino.

Le entraron en la casa y una vez auxiliado y vuelto en sí, el diplomático entregó un sobre a Henry Weymouth y le dijo:

—He venido para entregar el tratado... Me han atacado al llegar... Procure usted librarse de que se lo roben... Ni siquiera en París podemos estar tranquilos...

—Lo guardaré como algo sagrado — dijo Henry.

El chino se despidió de sus amigos, y Henry, que se encontraba con su hermano Julián, comentó la agresión efectuada.

La condesa Zirka desde un cuarto contiguo escuchaba... Había visto por el ojo de la cerradura cómo el chino entregaba el tratado... Era necesario que éste pasara rápidamente a poder de ellos.

—Julián — le dijo su hermano Henry—. Nuestros enemigos creerán que yo tengo el tratado y me vigilarán... Yo permaneceré aún algunos días en París... Y ya que tú vas a Londres en viaje de luna de miel, hazme el favor de guardarte el documento y entregarlo en Downing Street inmediatamente que llegues a la capital. Es de una importancia extrema, en tus manos lo confío.

—¡Sabré vigilarlo bien! — dijo Julián, sonriente.

—Los espías más listos de Europa quieren apoderarse de este documento y no repararán en medios.

—Puedes confiar en mí, Henry — dijo Julián.

Y el recién casado metió en su maletín el importante documento, guardando luego las llaves en su bolsillo.

Henry marchó a otra habitación y poco después entraba Dora quien, entregándole un arquita, le dijo a su marido, con dulce mohín:

—¿Quieres guardarme mi joyero en tu maletín, Julián?

—Dámelo...

Y el mismo Julián puso la arquita de oro en el interior del maletín que guardaba el tratado.

Luego Dora volvió al tocador y reparó que se ha-

bía olvidado de encerrar en la arquita una pulsera de brillantes.

—Voy a guardarla con las demás — se dijo.

Su marido estaba en su habitación y ella llamó con los nudillos.

—¿Me quieres dar la llave del maletín, que dejé una pulsera fuera?

—Ten...

Julián le entregó la llave, y Dora fué a la estancia contigua donde el maletín se encontraba sobre una mesa.

Abrió, puso dentro la joya, y volvió a cerrar. En aquel momento aparecieron la marquesa de Zares y Zirka.

Esta, que vió que Dora tenía en sus manos la llave del maletín, dijo:

—¡Ah, por cierto, he encontrado al barón de Ballín esta mañana y me pareció que estaba ofendido!

Madre e hija miraron interrogantes a su amiga.

—¿Por qué motivo? — preguntó la marquesa.

—Parece que teniendo en cuenta la amistad y las atenciones que siempre habían tenido para usted y su hija, se la había de invitar a la boda.

—Yo quería invitarle — dijo Dora —, pero Julián se opuso. No simpatiza con el barón.

—Pero no está bien molestarse — siguió diciendo Zirka, contemplando fijamente el maletín. — ¿Por qué no le escribes disculpándote? Estoy segura que lo agradecería muchísimo — dijo a Dora.

—Sí, hazlo, hija mía. No conviene molestar a un personaje como el barón.

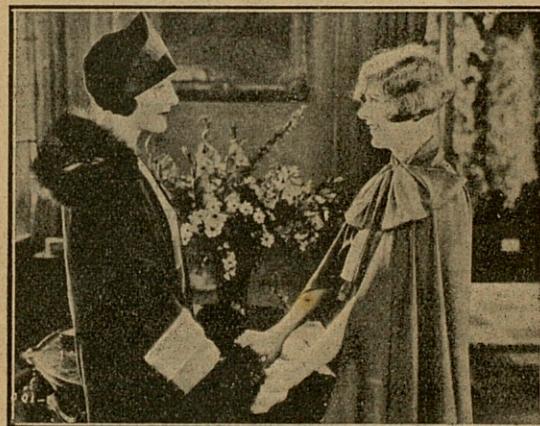
Distraída, Dora había dejado la llavecita sobre el maletín y salió, acompañada de su madre, para escribir la carta.

Zirka al quedar sola, abrió el maletín y se apode-

ró del sobre que contenía el tratado. Luego volvió a cerrarlo.

Guardó el documento en el escote esperando la ocasión para huir con él.

Unos minutos después, Dora entregaba una carta a su amiga Zirka, diciéndole:



—...he encontrado al barón de Ballín esta mañana...

—¿Qué te parece en estos términos? ¿Está bien? Zirka leyó:

*Distinguido amigo:*

*Acabo de enterarme de que se ha molestado usted con nosotros porque no le invitamos a mi boda. Le aseguro que nunca tuvimos intención de ofenderle, tanto más siempre ha sido usted amable*

con nosotros y no quiero emprender mi viaje de boda sin asegurarle que siempre ha merecido usted toda mi consideración.

Su afectísima amiga,

Dora de Zares

—Me parece perfecta — dijo Zirká. — Y así le desagraviáis. — Y volviéndose rápidamente, introdujo en el sobre el documento secreto y cerró la carta.

Luego se la entregó a Dora quien a su vez la puso en manos de su madre.

La marquesa llamó al chófer y le dijo:

—Jim, de paso a tu casa, puedes dejar esta carta en el hotel donde se hospeda el barón de Ballín.

El chófer se inclinó, cogió la carta y desapareció prestamente.

Entretanto, el extranjero seguía rodando por la escalera de la casa.

Julián llegó de nuevo a la habitación donde estaban las mujeres y dijo a su esposa:

—Pero, ¿y la llave del maletín? ¿Dónde está?

—Aquí la tienes — dijo ella, entregándosela.

Julián se la guardó en un bolsillo y dió los últimos preparativos a su equipaje. Iban a salir dentro de pocas horas para Londres.

Zirká se despidió de sus amigos y dijo a Julián, con una mirada en la que había más que amistad, amor.

—Le deseo una feliz luna de miel, Julián.

Poco después, visitaba a los dos hermanos Weymouth, el monárquico ruso Miguel Orloff que acababa de llegar a París.

Orloff y Henry eran antiguos conocidos, y fué por Orloff por quien un día en Londres, Julián conoció a la marquesa de Zares y a Dora.

El ruso tenía ahora en las miradas huellas de sufrimiento.

—He regresado de Rusia esta mañana — dijo.

—¡Cuánto me alegro! — explicó Julián. — Pero si hubiera sabido que usted, mi querido amigo, se hallaba ya de regreso, le hubiese invitado a mi boda.

—Me alegro saber que usted se ha casado — dijo Orloff, con melancolía. — La última vez que le vi corría usted el riesgo de caer en la misma trampa en que yo caí. ¡Ah, diablo! No se puede uno fiar de las apariencias. Donde uno cree encontrar honestad, halla miseria y corrupción.

—No le entiendo — dijo gravemente, Julián, en tanto Henry miraba sorprendido al ruso. — ¿Qué quiere usted decir?

—Me entenderá en seguida. ¿Recuerda aquellas dos mujeres... la marquesa de Zares y su hija?

—Sí!

En los ojos de Julián se reflejó el espanto. ¿Qué iba a decir aquel hombre?

—Pues aquellas dos mujeres no son más que dos espías despreciables, que se ganan la vida vendiendo informaciones políticas.

Julián y Henry se levantaron. La indignación, el odio, se retrataban en sus ojos. ¡Ah, el infame! ¡Cómo se atrevía a suponer!

En aquel instante apareció Dora. Julián corrió a su encuentro y sin dar tiempo a que Dora hablase con Orloff, le dijo:

—Haz el favor de marcharte, Dora. Vete. Tengo que tratar de un asunto importantísimo.

Ella vió en los ojos de su marido retratada tal gravedad, que obedeció temblando. ¿Qué pasaba allí?

¿Cómo estaba allí Orloff y por qué en vez de dirigirse el ruso a ella con aquella cordialidad de an-

taño, le había mirado con odio y con una infinita inquietud?

Cuando quedaron solos, y Orloff repuesto de la sorpresa que había experimentado al ver allí a Dora, iba a preguntar qué significaba su presencia, Henry dijo gravemente.

—Orloff, esta es la señora Weymouth.

El ruso se dejó caer en un sillón y dijo, comprendiendo el enorme conflicto en que le ponían sus palabras, pero seguro, por otra parte, de la responsabilidad de aquella mujer:

—Ignoraba, Julián, que fuese su esposa. Retiro lo dicho y siento muchísimo haber hablado.

—No puede usted marcharse sin darme explicaciones de la infame acusación — gritó Julián, cogiéndolo por las solapas.

Orloff, horrorizado, no queriendo concretar sus injurias contra la mujer de un amigo, respondió:

—Usted perdone. Admito que me equivoqué.

—Sus palabras necesitan una aclaración. ¡La quiero!

—No tengo nada que explicar. Mis sospechas eran infundadas y mentí deliberadamente — dijo Orloff, anodadado.

—¡Es usted un cobarde despreciable! — rugió Julián.

Y su mano cruzó el rostro de Orloff. Este dijo casi con un suspiro, y sin intentar defenderse:

—Estoy a sus órdenes.

—¡Canalla!

Henry intervino. El era el hermano mayor y conocía de mucho tiempo a Orloff, antiguo diplomático ruso, para que le creyera capaz de lanzar infundios y calumnias.

—Conde de Orloff — le dijo —, sé que se usted un caballero honorable y aprecio los motivos que le obli-

garon a guardar silencio. Pero en este caso usted se equivoca. Es menester hablar... No se puede concretar así como así una acusación tan grave.

—Los míos están fuera de toda sospecha — rugió Julián. — ¡No suplique! ¡El es un infame!

Henry, sin hacer caso de su hermano, prosiguió:

—Si tiene usted algo que decir, dígalo. Pero le ruego que no se aparte de la verdad.

Y entonces, Miguel Orloff, confiando en la caballeridad de los dos hermanos, comenzó a hablar.

—Dora era la única persona que sabía que yo me iba a Rusia y por qué ruta. Yo le di un retrato mío reciente el mismo día antes de marchar. Pues bien, al llegar yo a Moscou en aeroplano, fuí detenido por una patrulla del gobierno. El oficial tenía una fotografía para identificarme. Y aquel retrato del que yo solo había poseído un ejemplar, era el mismo que dos días antes había entregado a Dora. ¿Quieren ustedes una coincidencia más grave?

—Luego fuí libertado por unos oficiales amigos quienes me dijeron que en aquella denuncia había intervenido una mujer... Una mujer era la que había enviado la fotografía. ¡Y aun dudan ustedes de que Dora es culpable!

Reinaba en el salón un silencio trágico.

Julián, que acababa de casarse unas horas antes, se retorcía las manos en ademán de terrible desesperación.

—¡Oh, no, no! — gemía —. ¡No es posible! ¡Dora es inocente!

Henry callaba, paseando nerviosamente por la estancia.

Orloff se levantó. Se le veía disgustado, tristeido, por haber tenido que confesar la traición.

Abandonó lentamente la casa, lamentando en su fuero interno que su gran amigo Julián hubiese caído

en poder de una espía como Dora. Pero le disculpaba. También él — pensaba — había sido engañado por el aire de la inocencia y. paz de la muchacha. ¿Qué extraño que el otro cediera?

Los dos hermanos quedaron mirándose en silencio, aniquilados por aquel golpe inesperado. ¡No, no podían creerlo!

De pronto, Henry, como atormentado por una rápida idea, gritó angustiado a su hermano:

—El documento que te di, el último, ¿dónde está?  
—En el maletín...

Julián se dirigió a buscarlo. Abrió el maletín y su emoción fué indescriptible al comprobar que el tratado había desaparecido.

—¡Oh, no está, no está! Lo han robado — gimió. Henry le miró con desesperación.

—Julián, ¿qué has hecho? ¿Quién ha tenido, además de ti, la llave?

—No sé... no acierto...

Pero, de pronto, recordó:

—¡Oh, mi esposa! — dijo.

—¡Ves, ves! — rugió el diplomático—. ¡Orloff tenía razón! ¡Te has casado con una espía despreciable!

—¡Mientes, mientes! ¡No digas eso! ¡No puedo creerlo!

—Llama a Dora — gritó Henry.

El marido, aturdido, vacilantes los pasos, llamó al cuarto de su esposa.

Dora iba ya con traje de viaje, faltaba poco para salir el tren.

Al verla, les pareció increíble a Henry y a Julián que aquella hermosa mujer de ojos tan puros, fuera la culpable, y Julián la preguntó:

—Dora, ha desaparecido un documento importan-

tísimo de mi maletín... y la llave sólo la hemos tenido tú y yo...

Sus ojos brillaban chispeantes. Henry la miraba con repentina piedad.

Viendo el estado de su esposo, Dora retrocedió asustada, y dijo:

—Julián, supongo que no te imaginarás que yo...

—Dora — suplicó el marido, con gesto hosco—, ya sabes cuanto te amo, dime la verdad, ¿alguien te ha inducido a sustraer el documento?

Un sollozo enternecedor agitó el cuerpo de la joven.

—¿Cómo puedes creer que yo...? ¡Oh, déjame, no me toques, qué horror!

Y rechazando los brazos de él que pretendían sujetarla, abandonó, enfurecida, la habitación.

Julián, al verla marchar, acabó por creer en su culpabilidad y comenzó a pasear nerviosamente, diciéndose, que era necesario divorciarse de una mujer que estaba al servicio del espionaje.

Entretanto, Henry interrogaba a los criados pretendiendo averiguar si había entrado alguna persona ajena a la casa, en las habitaciones. Investigó sobre lo que habían hecho Dora y su madre, y uno de los criados le dijo:

—Yo recuerdo que la marquesa mandó a su chofer con una carta para el barón de Ballín hará una media hora.

—¡Oh, Ballín, el ruso! — gritó Henry—. ¡Quién sabe! ¡Una carta! ¡Tal vez el tratado! ¡Corramos allá, Julián!

Y suieron a un automóvil, partieron rápidamente hacia el hotel donde se hospedaba el barón ruso.

\*\*

Henry y su hermano Julián llegaron poco después al hotel... Les había seguido en otro coche, el misterioso extranjero.

El barón de Ballín tenía en sus manos la carta que acababa de enviarle Dora y en cuyo interior estaba el famoso tratado.

No la había abierto aún cuando entraron en su cuarto los hermanos Weymouth.

El barón se sorprendió al verles llegar y les dijo:

—¿A qué debo el placer de esta visita, señores?

Les conocía bien, aunque había cruzado pocas palabras con ellos.

Julián señaló a un individuo de mala catadura que se encontraba en el mismo salón, pero el barón le presentó diciéndole:

—Es mi secretario. Pueden ustedes hablar ante él con toda confianza.

—Bien — dijo Julián, sin olvidar directamente el objeto primordial de la entrevista —. Tengo entendido que más de una vez ha tenido usted la bondad de prestar dinero a mi suegra.

El barón se inclinó, sonriente.

—¿Puedo saber a cuánto ascienden esos préstamos? — preguntó.

Sacó un talonario de cheques, pronto a extender uno por la cantidad que el ruso le indicase. El barón no contestó, y sus labios dibujaron una mueca de sorpresa y disgusto.

—También quiero pedirle que no preste más di-

nero a dicha señora. Y finalmente, he de rogarle — dijo Julián —, que suspenda toda clase de correspondencia con si suegra.

Henry callaba, observando fríamente el rostro inoble del barón.

—¿Correspondencia? — contestó el barón —. No tengo ninguna clase de correspondencia con dicha señora.

—Entonces — dijo Julián, mirándole seriamente —, ¿me hará usted el favor de entregarme la carta que le ha mandado esta tarde?

El barón ignoraba que en aquella carta hubiese el tratado por cuya posesión llevaba luchando tanto tiempo y pensaba más bien que el escrito era una nueva demanda de dinero, y así, aún a regañadientes, se la entregó.

—Permitame usted — dijo el barón —. Yo creo que debería abrirla. ¿Y si hubiera algo confidencial?

—No permito la existencia de comunicaciones confidenciales entre mi suegra y usted — gritó Julián.

—Muy santa resolución — dijo el barón, sonriente.

Y a una señal suya, casi imperceptible, su secretario se tiró sobre Julián, pretendiendo arrebatarle la carta.

Los dos hombres lucharon ferozmente, mientras Henry, con un cortapapeles, amenazaba al barón para que no pudiera intervenir en la lucha... Julián, sintiéndose dominado por su contrario, tiró la carta al suelo, y con el pie, la deslizó bajo la puerta en dirección al pasillo.

El secretario se levantó y salió al corredor con ánimo de apoderarse de la carta, pero el joven extranjero que vigilaba le amenazó con un revólver, obligándole a retroceder hacia la habitación.

Henry y Julián salieron al pasillo llamados por

una señá del extranjero quien les entregó la carta, y les dijo:

—Vengan ustedes conmigo.

El extranjero les acompañó hasta la calle, y ya en ella, les obligó a subir a un coche para que escapan a gran velocidad.

Luego se quedó riendo en medio de la vía pública contento de que los planes del barón hubiesen fracasado.

Cuando momentos después, Ballín y su secretario, repuestos de la sorpresa, intentaron perseguir a los que habían huído, adivinando que algo muy grave debería contener aquella carta cuando tanto interés tenían por ella, ya los Weymouth estaban muy lejos.

El barón telefoneó lo ocurrido a Zirka, quien le puso en antecedentes de que el tratado iba incluido en la carta.

—¡Maldición! —rugió Ballín—. Y yo la he tenido en mis manos. ¡Ah, seguramente la llevarán a la Embajada! ¡Hay que recuperarla, sea como sea!

Entretanto, los dos hermanos, en el coche, habían abierto el sobre encontrando en él la carta de Dora y el tratado.

A Julián no le cupo duda alguna de la culpabilidad de su mujer.

—¡La infame! No hay duda de que ella le envió el tratado. Me divorciaré de esa mujer que ha querido vender a nuestro país. ¡Qué vergüenza! ¡Qué asco me dan ella y su madre!

Los dos se dirigieron a la Embajada. Julián no quería volver ya a su casa. Henry meditaba, le parecía mentira que aquella hermosa mujer fuese la culpable del grave delito.

Julián había suspendido, naturalmente, su viaje de bodas y no pensaba abandonar París. Y guardó Hen-

ry el tratado bajo llave en su despacho de la Embajada.

Dora, entretanto, había hablado con su madre de la acusación de que la hacía objeto Julián y las dos mujeres, sobre las que parecía cernirse la fatalidad, acordaron que Dora corriese de nuevo a impetrar una explicación de su marido.

Y como telefonearan a la Embajada y les dijeran que allá estaban los hermanos Weymouth, Dora corrió velozmente hacia allí.

Julián y Henry se encontraban en el despacho. Al anunciarles un criado que Dora esperaba, Julián se levantó rojo de indignación y dijo:

—No quiero verla nunca más. Dile que mi abogado se encará de que no le falte nada y así no se verá obligada a repetir actos como este.

Julián abandonó el despacho, mientras Henry, con honda preocupación, se disponía a recibir a su esposa.

Dora entró en la estancia llorando.

—¡Henry, ayúdame, soy inocente! —gimió—. ¡La desgracia me persigue! ¿Tú supones también que yo tracé a mi marido?

—¡Oh, Dora! —dijo él, no menos consternado—. Me parece imposible que hayamos de hablar de un asunto así y formular acusaciones y presentar pruebas. Pero no puedo negártelo, Julián está furioso contigo... ¡Y sabes por qué! Porque el barón de Ballín recibió el tratado dentro de esta carta tuya. Y además, Oriloff te acusa de haberle denunciado a los bolcheviques.

Henry le mostró la carta que Dora había escrito para el barón.

La mujer tembló, pensando en qué espesa telaraña iba envolviéndola el destino. ¡Cuánta infamia caía sobre ella!

—Zirká me hizo escribir esta carta — gritó—. Pero yo nada... nada envié.

—¿Zirká? — dijo Henry, repentinamente sorprendido—. ¡Es extraño! Haz memoria. ¿Estás segura de que no metiste el tratado en el sobre?

—Te lo juro... Pero...

Meditó unos instantes y luego se iluminó su rostro con una sonrisa de triunfo.

—Zirká se quedó sola un momento mientras yo escribía — dijo—. ¡Oh, qué sospecha! Estoy segura de que ella es la culpable, pero no sé cómo probarlo.

Apareció un criado anunciando la condesa Zirká.

—¡Ella!

—No te apures — dijo el diplomático—. También yo tengo sospechas de que ella es la responsable de todo. Pero la cazaremos en su propia trampa. Escondete en ese cuarto.

Dora se ocultó, y Henry recibió a Zirká con falsa y exquisita amabilidad.

La condesa que, comisionada por el barón, venía para apoderarse del documento, dijo:

—Siento mucho molestarle, señor, pero tengo algunas dificultades con mi pasaporte y vengo para que me lo despachen ustedes.

—En el acto.

De nuevo entró el criado y dijo a Henry:

—Su Excelencia, el señor embajador, desea hablarle.

Henry se levantó y dijo a la condesa:

—Me permitirá usted un momento, condesa, vuelvo en seguida...

Al quedar sola, Zirká comenzó a registrar febrilmente la mesa del diplomático, buscando con nerviosidad el documento que tan estúpidamente se les había escapado de las manos.

Dora le observaba por unas entreabiertas cortinas

y al notar el espionaje de Zirká ya no tuvo duda de que ella era la responsable del robo.

La esposa de Julián se decidió a penetrar en la estancia. La condesa la miró sorprendida, extrañada de que estuviese allí, y la preguntó:



—... tengo algunas dificultades con mi pasaporte...

—¿Tú aquí, Dora? ¿Pero no habías salido de viaje?

Dora respondió:

—Estamos pasando un gran disgusto... No sé qué ocurre con unos documentos importantes... se los han querido robar a Julián.

Y miró, desafiadora, a la mujer. Esta contestó, in-

diferente, mientras sus ojos seguían aún buscando por instinto el importante documento.

—No te preocupes. Todo se arreglará...

Nerviosa, pensando hallar algún indicio de la culpabilidad de Zirká, cogió el monedero de ésta y lo abrió.

La condesa, la miró, asustada, pero Dora se apresuró a sacar del monedero el pañuelo.

—¡Oh, perdón, estoy tan agitada por lo que ocurre!...

Entró de nuevo Henry y prosiguiendo su plan, dijo a Dora:

—Han detenido al barón y creo que ha confesado ya quién era su cómplice.

Zirká tembló. La noticia de que había sido detenido el ruso le causó una impresión inmensa. ¡Ay, si hubiese confesado! ¡Se consideró perdida!

—¿Y qué le harán al ladrón y al cómplice? — preguntó con voz entrecortada.

—Entregarlos a la policía... El embajador quiere que sirva de ejemplo — respondió Henry, severamente.

En aquel momento entró un secretario de la Embajada que venía a hacerse cargo del tratado, y que iba acompañado del misterioso joven extranjero que había estado vigilando los manejos de los rusos.

El extranjero era agente del Servicio Secreto americano y se encontraba en Europa para contribuir al descubrimiento de los planes bolcheviques.

—¿Usted aquí? — dijo Henry, reconociendo al agente. — ¡Oh, muchas gracias, amigo! Gracias a usted recuperamos el tratado cuando ya nos lo iban a robar.

—Estoy vigilando hace tiempo al barón de Ballín.

—Con la ayuda de todos hemos conseguido hacer fracasar sus proyectos.

Henry entregó el tratado al secretario que marchó en compañía del agente del servicio secreto.

Quedaron de nuevo solos Henry y las dos mujeres. Henry, cogiendo un sobre cerrado, dijo:



...Dora se apresuró a sacar del monedero el pañuelo.

—Como decía, han detenido a Ballín. Aquí tengo su confesión y el nombre de la cómplice.

Y miró con tal fijeza a Zirká, que ésta retrocedió. Entonces, ¿iban a detenerla? ¿Es qué sospechaban de ella?

También Dora contemplaba con horror a la condesa.

—Para descartar su responsabilidad — siguió di-

ciendo Henry—, podría por compasión, romper este papel si ella confesara.

Y miró con tal fijeza a Zirká, que ésta retrocedió atemorizada.

—Pretende usted que yo... — dijo la condesa.

—Oh, de ningún modo, pero voy a entregar este papel al embajador.

Adelantó unos pasos, y Zirká, viéndose perdida, temiendo los horrores de un proceso y de la cárcel, exclamó en un arranque de sinceridad:

—Pues bien. ¡Soy yo, yo la que robó el tratado! ¡Dora es inocente!

La esposa de Julián lanzó un grito de júbilo viendo proclamada su inocencia y gritó con voz en que había compasión y odio:

—¿De modo que fué usted quien puso el tratado dentro de la carta que yo mandé a Ballín?

Zirká afirmó con la cabeza.

—¿Y fué usted también quien denunció a Orloff? — siguió diciendo Dora.

—Yo fuí—respondió, humildemente, la condesa—. Fué una locura mía. Porque ¡ay! ¡yo quiero confesarlo todo! No era únicamente mi servicio de espionaje lo que me obligaba a realizar todo esto contra usted... eran también... celos... Muchas cosas las hacemos por amor... Usted, que es mujer, me comprenderá.

Dora la miró asustada, comprendiendo la triste verdad. ¡Aquella mujer estaba enamorada de Julián! Y para perder a ella, a Dora, no había vacilado, en cargarla de responsabilidad...

—Y ahora que saben la verdad, déme usted el documento — dijo, altanera, la rusa.

—Tenga usted — le respondió Henry.

Y puso en sus manos el sobre que ella rasgó ner-

viosamente encontrando en su interior un papel blanco.

—¡Ah, miserables! — rugió—. Me han vendido, me han traicionado!

—¡Nada de eso! ¡Era la única manera de que usted confesase la verdad! ¡Engañándola! Pero Ballín va a ser detenido en breve. Y usted si no quiere seguir el mismo camino, huya de Francia y regrese a su país. Nosotros no la habremos de denunciar si se marcha hoy mismo.

—¡Ah, me habéis vencido! — dijo la rusa, con sequedad... — ¡Es inútil luchar!

Y desapareció de allí con los ojos llameantes de indignación y de odio.

\*  
\*\*

Aquella noche marchó de Francia la condesa Zirká, derrotada en sus planes de espionaje y de amor.

Julián, conocedor de todo lo actuado por su hermano, se reconcilió con su mujer y con su madre política y ésta, en lo sucesivo, se prometió no aceptar jamás préstamos de hombres tan comprometedores como el barón de Ballín.

Julián pidió a su esposa que le perdonase el haber dudado de ella y, en dulce castigo de su duda, se dispuso a amarla cada día más... Y ella perdonó...

El barón fué detenido y el tratado pudo llegar a los gobiernos sin que agentes interesados hicieran fracasar la paz y el equilibrio de las naciones.

PRÓXIMO NÚMERO:  
**EN NOMBRE DEL AMOR**

Preciosa novela

POR

**RICARDO CORTEZ**

**MAÑANA**

EN

*Los Grandes Films*

**ENTRE BASTIDORES**

por NORMA SHEARER

ESTA SEMANA

¡ACONTECIMIENTO! **BEN-HUR**  
en las SELECTAS EDICIONES ESPECIALES de  
La Novela Semanal Cinematográfica

Exclusiva de ventas para España:  
Sociedad General Española de Librería, Diarios,  
Revistas y Publicaciones, S. A.  
BARCELONA: Barberà, 18 · MADRID: Ferraz, 21-IRÚN: Ferrocarril, 20

Ediciones  
BISTAGNE